

# Locamente enamorado

por John P. Foppe

H

Habiendo nacido sin brazos, a menudo me preguntaba si alguna vez encontraría alguien que me amase. Definitivamente, experimenté mi buena cuota de fracasos y rechazos amorosos. Sin embargo, a pesar de cada desprecio, trataba de mantener una actitud positiva.



Pensé que tenía una vida feliz. Pretendía estar contento. Admitía que tener citas era una batalla, pero seguía tratándolo. Aunque en apariencia parecía estar bien, por dentro experimentaba momentos de profunda frustración, resignación, auto-compasión, rabia e impaciencia. Cuando observaba a mis amigos y hermanos menores casarse, me sentía como el jorobado Cuasimodo; me sentía débil, feo, impotente, mientras el mundo del amor quedaba a mi espalda. Un día de agosto, hace tres años, sin embargo, mi Esmeralda llegó y puso mi vida de cabeza.

Yo era orador invitado de una organización local que recaudaba fondos, y varios miembros de mi familia estaban presentes. Emma, la novia de mi hermano Jim, había invitado a su compañera de cuarto Christine a escucharme. Mientras la gente circulaba a la hora del cóctel, me senté a un lado con un lápiz y papel entre los dedos de mis pies para poner los toques finales a mi discurso.

Mi hermano Ron se sentó junto a mí, me codeó y murmuró, "Fíjate en esa chica atractiva que vino con Jim y Emma". Levanté la vista de mis notas y vi una rubia alta con un vestido de verano rojo rubí

brillante. Meg Ryan acaba de atravesar la puerta, pensé. Su cabello rubio ondeado brillaba por sus mejillas llenas de sol cuando se daba la vuelta con gracia para darle la mano a alguien. En una habitación llena de humo con trajes grises y vestidos aburridos, irradiaba un aura segura y sexy de feminidad.

“Apuesto a que Paul trata de conquistarla”, dijo Ron con sarcasmo en voz baja.

Obviamente, era más cercana en edad a mí que a mi hermano menor Paul. Me ofendía que Ron no me viera como un rival. Pero, agradezco que el comentario de Ron me molestara y así me llevara a actuar. De otro modo, hubiera dudado, permitiendo que su belleza me intimidara, temiendo que no se sintiera atraída por un tipo sin brazos.

“¡No, yo llego primero!”, le dije.

Desafiante, salté y atravesé la habitación hacia donde ella estaba. Recuerdo el brillo de sus penetrantes ojos azul verdosos cuando me presenté. Me dijo que había oído hablar de mí en su trabajo y que siempre había querido escucharme hablar. Halagado, le agradecí que hubiera venido.

Aunque hace 15 años que hablo ante grupos, el discurso que di esa noche fue distinto a cualquier otro que hubiera dado antes o que diera después. Estaba nervioso pero no por todas las razones usuales por las que un orador se pone nervioso. Desde el podio podía ver a Christine con claridad y quería que ella disfrutara lo que yo decía y me respetara por decirlo. Mientras hablaba, todos los demás miembros de la audiencia se desdibujaban.

“Eres un orador divertido,” dijo Christine más tarde. Le pregunté si quería ir a tomar un trago. Fuimos todos a un salón cercano y yo, por supuesto, me senté junto a Christine. Hablamos naturalmente.

Christine era diferente, uno se siente cómodo con ella. No sentí ninguna necesidad de impresionarla. No me sentía vigilado. El cinismo y el miedo que por lo general nublaban mi mente y endurecían mi corazón habían desaparecido. Cuando llegó el momento de despedirnos, Christine me invitó a una fiesta que daría en la piscina el siguiente fin de semana



en Saint Louis, donde vivía. Si bien estaba encantado, me sentía incómodo acerca de ir a una fiesta en la que no conocería a nadie. Entonces recordé que Emma y Jim estarían ahí y esto me tranquilizó.

Jim y yo fuimos juntos a la fiesta. Conocí a toda la familia de Christine y nos encontramos con que la comida era perritos calientes y hamburguesas, que yo comí con los pies. ¿Qué pensaban ellos?

Me debatía interiormente acerca de si me daría un chapuzón o no. Sabía que una vez me sacara la camisa y expusiera mis muñones, los sobrinos y las sobrinas de Christine me harían todo tipo de preguntas. Pero era una fiesta alrededor de una piscina. Christine me había dicho que amaba el agua. Hubiera sido más fácil tener brazos musculosos debajo de mi camisa, pero mucho tiempo antes de aquel día, me había reconciliado con el hecho de que mi discapacidad nunca cambiaría. Ya había estado en el camino de la autocompasión antes y iera un camino sin salida! Necesitaba tomar un camino mejor, para demostrarle confianza. Y las preguntas de los niños serían una buena forma de romper el hielo. De modo que me senté en una silla del salón, me saqué mi remera con los dedos de los pies y salté al agua. Como sospechaba, los niños me

hicieron sus preguntas. Las contesté con practicidad.

Antes de irme, le pregunté a Christine si le gustaría salir a cenar el sábado por la noche. “Sí,” dijo sin dudar. A medida que pasaba la hora de distancia manejando entre Saint Louis y mi casa, su “sí” se repetía una y otra vez en mi mente. La felicidad me recorría el cuerpo hasta los dedos de los pies.

Cuando empezó la semana, yo no podía dejar de pensar en ella. Contaba los días que faltaban para el sábado. Cuando sólo quedaban dos días, el jueves por la tarde, tenía que volver a Saint Louis para acudir a una cita. Me di cuenta de que terminaría mi reunión aproximadamente a la misma hora que Christine salía del trabajo. Voy a hacer el viaje hasta Saint Louis y estar cerca de donde ella vive, pensaba. Realmente me gustaría verla.

A menudo, cuando dos personas recién comienzan a salir, una “persona” invisible los visita adoptando la forma de una voz en sus mentes y les habla a sus inseguridades y heridas pasadas. En ocasiones, comienza a planear estrategias y calcular la próxima jugada por ellos “¿Es el momento adecuado para llamar?”, pregunta. “Quizá sea demasiado pronto.”

En ocasiones, la voz simplemente



evita disfrutar el momento, formulando preguntas saboteadoras como “¿Qué está pensando ella?” y “¿Le gustó?”

Para el jueves, la voz insegura en mi cabeza estaba atacada de locura, haciendo todo tipo de preguntas. Llamé a Jim y le expliqué mis preocupaciones. “Todo está listo para nuestra cita del sábado”, le dije. “No quiero parecer demasiado insistente. ¿Tal vez debería dejar todo así?”

Cuando terminé, hubo un largo silencio en el teléfono. Finalmente, Jim habló con voz monótona. “Estás tramando, pero no cómo ver a Christine,” me dijo. “Te estás preguntando cómo protegerte de ser lastimado.” ¡La voz de la verdad!

¿Cuántas veces me habían lastimado antes? En la secundaria, algunas chicas me habían despreciado para engancharse con mis amigos atléticos. En la universidad, la chica con la que iba a ir a la Fiesta de Primavera canceló la cita a último momento con una excusa insatisfactoria. Una señorita me dejó plantado esperando en el estacionamiento de un restaurante por más de una hora. Y también estuvo aquella que se quedó dormida en mi sillón mientras yo le preparaba la cena. Y ahora ¿podía confiar en Christine?

La voz de Jim en la línea me trajo de vuelta mis pensamientos. “Deja tu cabeza de lado y escucha a tu corazón,” me dijo. “Sé auténtico; dile que quieres verla.”

Jim me ayudó a ver que había desarrollado una profunda herida por los rechazos. Con el tiempo, había crecido una capa de miedo sobre la herida y ahora exhalaba frustración y resignación. Con sólo quitarme la camisa en la piscina y simular sentirme seguro no iba a lograrlo. Para curarme debía sacarme algo más, la creencia que había tenido durante largo tiempo de que ninguna mujer podría amarme, a mí, un hombre sin brazos. Debía estar verdaderamente abierto a la posibilidad de que le gustara a Christine.

Respiré profundo y llamé a Christine. Simplemente le dije que estaría en el barrio y que me gustaría verla. Le propuse tomar una taza de café. Aceptó.

Nos encontramos en Borders y hablamos de las cosas que habían ocurrido durante nuestra semana. Esas horas

pasaron volando.

El sábado por la noche, Christine atendió la puerta con un vestido negro corto muy hermoso. Se había peinado su cabello do-rado con grandes rulos seductores. Fuimos al Bar Italia, un restaurante sofisticado en el distrito cosmopolita Central West End, de Saint Louis. En la terraza de rejas de hierro, cenamos una deliciosa comida de ternera y vino tinto. Hablamos sobre nuestras familias, amigos y religión. Nos reímos de nuestras pasadas desdichas amorosas. No hubo un sólo silencio embarazoso. Esa noche, la voz dudosa e insegura en mi cabeza se mantuvo en silencio.

Según la formalidad del restaurante, en ocasiones me quito la media que cubre mi pie izquierdo cuando como. Sostengo los cubiertos con mis dedos. De modo que después de cenar, recliné la silla y descansé mi pie descalzo sobre mi rodilla debajo de la mesa.

Mientras estaba contando una historia, sentí el toque cálido y tierno de la mano de Christine que sostenía mi pie. El brillo de sus ojos era más fuerte que nunca.

Ninguna mujer me había expresado antes tanto afecto íntimo. Supe instantáneamente que podía confiar en ella.

¡Vivía con los pies en el aire! Varias semanas más tarde, después de salir durante 54 días, nos comprometimos.

Al fin y al cabo, Christine lo expresa mejor: “No puedes controlar de quien te enamoras”.

### Sobre el autor

*La misión del orador profesional John Foppe es la de redefinir la capacidad humana. Es entrenador de discapacitados y autor de What's Your Excuse? Making the Most of What You Have (¿Cuál es tu excusa? Aprovechar al máximo lo que tienes), que ha sido traducido al español y está disponible a través de su sitio web ([www.johnfoppe.com](http://www.johnfoppe.com)). Usted puede contactar a Foppe por e-mail en [seminars@johnfoppe.com](mailto:seminars@johnfoppe.com)*

© 2005 John P. Foppe Seminars, Inc.

